

OaxaCaliforniano

Edgar Montiel Velázquez



OaxaCaliforniano



**EDGAR
MONTIEL**

OaxaCaliforniano

Edgar Montiel Velázquez



**EDGAR
MONTIEL**

OaxaCaliforniano. Autor: Edgar Montiel Velázquez —Baja California, México. 2025.

164 P. 23 cm.

Primera edición

ISBN: **979-13-87837-04-4**

DOI: <https://doi.org/10.61728/AE20253066>



D. R. © copyright 2025. Edgar Montiel Velázquez. Baja California, México.

Edición y corrección: **Astra ediciones**

Diseño de portada: Arq. Alfredo Libre Gutiérrez.

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia, cualquier otro existente o por existir; sin el permiso previo, por escrito, del titular de los derechos.

HECHO EN MÉXICO | MADE IN MEXICO

Contenido

Presentación	9
Prólogo.....	13
1. Mis ejemplos de vida	15
2. La construcción de un hogar	25
2.1 La migración es parte del hogar.....	36
3. Los primeros viajes	41
3.1 El otro lado.....	43
3.2 Oaxaca.....	47
4. Las escuelas públicas en la frontera.....	53
5. Discriminación e interculturalidad en la frontera	69
6. Un bache mi tumor cerebral.....	77
7. No solo la profesión, sino la gestión.....	89
8. De la teoría a la práctica.....	115
9. La resistencia a la democracia inclusiva.....	127
10. Nos vemos pronto Gonzálo Mauro	139
11. Cierre: Tejiendo Comunidad en un Mundo Fragmentado.....	157
Agradecimiento.....	162

Presentación

Las historias que se escriben y cobran relevancia generalmente son las de los hombres blancos. En cambio, las historias de personas racializadas, empobrecidas, indígenas, jornaleras, en situación de calle o de cárcel, migrantes, entre otros, son invisibilizadas. Cuando se llegan a contar, son narradas por mujeres y hombres blancos en tercera persona, a veces romantizando o exotizando situaciones de marginación o violencia, describiendo la vida de estos grupos como algo lejano, homogéneo, excepcional y temporal.

Sin embargo, las historias de vida de quienes forman parte de grupos históricamente discriminados están cerca de todas y todos, son heterogéneas y comunes; muchas veces, la discriminación y violencia que enfrentan es permanente. Para conocer realmente sus experiencias, es indispensable escucharles y leerles como protagonistas, así como comprender sus propias perspectivas sobre lo que viven.

Por estas razones, el libro que tiene en sus manos es oro puro: una oportunidad para conocer la historia de alguien marcado por la raza, la etnia y la migración. Mediante anécdotas y opiniones personales, Edgar relata cómo es la vida de un indígena, hijo de migrantes oaxaqueños, en la frontera de Baja California. En sus páginas, encontramos relatos únicos, pero también experiencias compartidas por muchas personas indígenas migrantes en Tijuana. Además, las reflexiones del autor sobre su vida dignifican las vivencias de estas comunidades en nuestra ciudad.

En el apartado “Mis ejemplos de vida”, Edgar explica cómo sus padres fueron sus guías fundamentales y cómo su presencia durante su infancia, adolescencia y juventud lo marcó positivamente. También comparte datos sobre la historia individual de sus progenitores. Si bien la información es breve, basta para entender cómo sus raíces impactaron significativamente en su trayectoria.

Luego, en “La construcción de un hogar”, el autor detalla cómo sus padres edificaron una familia basada en valores concretos y narra la solidaridad entre paisanos migrantes. A través de estas vivencias, ofrece datos valiosos sobre los inicios de la Colonia Obrera de Tijuana y las necesidades de conciliar trabajo y cuidados familiares.

De la lectura de este apartado se concluye que para construir un hogar no solo se necesitan cemento y ladrillos, sino también el deseo de generar un ambiente donde los integrantes de la familia se sientan integrados, cuidados y seguros para desarrollar su personalidad libremente. Asimismo, se evidencia que la migración sería imposible para muchos mexicanos sin el apoyo de familias y conocidos en la frontera que les brindan posada y comida temporalmente.

Los cuidados que las familias tijuanenses ofrecen a personas en movilidad están invisibilizados, por lo que se desconoce su impacto en sus vidas e incluso en la economía nacional.

En “Mis primeros viajes”, el autor relata cómo conocer diversas realidades desde joven le enseñó la complejidad de las experiencias que conforman la región y el país. Es decir, las personas no se reducen a categorías binarias (rico/pobre, bueno/malo), sino que existen en un espectro amplio. Además, su narración ilustra la trayectoria de la población migrante oaxaqueña hacia Estados Unidos.

En “Las escuelas en la frontera”, Edgar comparte experiencias educativas significativas de su infancia y adolescencia, desde travesuras hasta reflexiones previas a su ingreso universitario. Destaca cómo prácticas cotidianas, como caminar solo a la escuela de noche —hoy desaparecida por la inseguridad—, fomentaban la independencia y autoestima en niños. Estos relatos muestran los cambios sociales en décadas recientes.

Luego, en “Discriminación e interculturalidad en la frontera”, el autor analiza la estigmatización hacia indígenas, pero también la complejidad de factores que limitan su movilidad económica. Mediante ejemplos, explica cómo decisiones personales y estructurales interactúan. Además, detalla cómo costumbres indígenas oaxaqueñas se han adaptado en Tijuana debido a la migración masiva.

En “Un bache, mi tumor cerebral”, el autor relata una experiencia íntima y desafiante de su vida. Durante su etapa universitaria, le diag-

nosticaron un tumor cerebral. En este apartado, se detallan los momentos donde él mismo detectó que algo no funcionaba bien en su cabeza, el proceso de diagnóstico y su lenta recuperación tras la cirugía. Afortunado, él y su familia recibió apoyo económico de diversas personas, y la intervención quirúrgica fue exitosa. Sin embargo, esta ha sido, la vivencia más intensa de su vida, demostrando su gran capacidad de resiliencia. Sin duda, es una historia de la que muchos pueden aprender.

Por su parte, el apartado “No es solo la profesión, sino la gestión” Aborda la experiencia del autor en el trabajo social, es decir, en trabajo que beneficia a la comunidad o a la ciudad donde vive. Edgar que explica, más allá de su formación académica, la gestión de proyectos sociales ha sido constante en su vida. De hecho, su trabajo social durante la juventud llamó tanto la atención que la ciudad le otorga el Premio Estatal de la Juventud en 2013 y fue invitado a un viaje organizado por la Consulado de Estados Unidos en Tijuana para jóvenes promesas de México. También, esta imagen lo llevó a incursionar en la política partidista, lo que después rindió frutos en su crecimiento profesional. En este apartado también relata cómo se inició el proceso legal para solicitar acciones afirmativas en materia político-electoral a favor de las poblaciones indígenas de Baja California.

Enseguida, en “De la teoría a la práctica: la ejecución de las acciones afirmativas”, el autor explica que, pese a las reformas normativas del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación con relación a las acciones afirmativas concedidas para los pueblos indígenas, los partidos políticos no se muestran con la voluntad para cumplirlas. Aquí se describen las dificultades y retos que enfrentan las personas que pertenecen a grupos discriminados al exigir el respeto a sus derechos. Aun así, el autor obtuvo un cargo de elección popular, en parte a estas medidas, por lo que también comparte su experiencia como servidor público en el Ayuntamiento de Tijuana.

Posteriormente, en “La resistencia a la democracia inclusiva”, Edgar relata sus esfuerzos por difundir las acciones afirmativas entre otros grupos y líderes indígenas. También menciona que algunas personas, sin haberlo apoyado durante el arduo proceso para lograr estas medidas, se atribuyen su creación. Además, como el apartado anterior, se evidencia la

resistencia de los partidos políticos a cumplir con las acciones afirmativas para grupos históricos marginados.

Finalmente, en el apartado “Nos vemos pronto Gonzalo Mauro” el autor narra lo que sintió y vivió tras la muerte de su padre, una figura fundamental para su vida. No solo expresa la sorpresa y el dolor por su fallecimiento, sino también el orgullo que sintió al ver que diversas personas mostraron su apoyo a la familia y respeto por su padre. Asimismo, explica las costumbres relacionadas con este tipo de acontecimientos en la familia del padre de Edgar, quienes a diferencia de lo que normalmente viven las familias no indígenas en México, hacen una ceremonia con música y comida para toda la comunidad y, además, toda la comunidad y familia se involucran en el funeral. A quienes lean este apartado le puede resultar interesante leer, de primera mano, los contrastes entre costumbres alrededor de la muerte, un tema tan importante para todas las culturas.

Este libro no es solo un compendio de vivencias personales, sino un testimonio de resiliencia, solidaridad y reflexiones profundas sobre los valores que deberían guiar a la sociedad actual. Todo esto desde la perspectiva del protagonista de las historias, quien por su contexto de vida, ofrece una visión difícil de hallar en la literatura, pues históricamente ha sido invisibilizada.

Ana Claudia Martínez Coutigno

Prólogo

En la actualidad, México sigue siendo desigual, clasista, racista y muchos otros adjetivos relacionados con la denigración de grupos históricamente vulnerados, especialmente de las comunidades indígenas. A quienes somos indígenas se nos ha negado un poco de todo: derechos, territorios, tradiciones, lenguas y otros bienes. La colonización ha hecho que los que no se consideran indígenas se consideren en una posición superior. Pero a diferencia de ellos, características como el orgullo por las raíces, el culto a las tradiciones y el fervor religioso han hecho que las comunidades indígenas seamos más unidas y solidarias, y que fomentemos el respeto por el ser humano y la generosidad con el prójimo. De hecho, otros grupos sociales admiran eso de las comunidades indígenas.

La unión dentro de las familias provenientes de un núcleo indígena ha provocado que se juzgue sus cosmovisiones y el amor a la madre tierra. En las comunidades indígenas, las jerarquías, la autoridad moral, el respeto, la lealtad y muchos otros valores son primordiales y se ven enseñados desde los primeros años de vida. Esta ha sido una práctica de las generaciones que nos antecedieron, y nosotros ahora, como adultos, tenemos tarea la tarea de transmitirlo a nuestros hijos para que perdure.

Ser indígena en Baja California, hijo de migrantes oaxaqueños, ha sido una experiencia grata e ingrata a la vez. Como en otras zonas, las oportunidades laborales no faltan; sin embargo, la discriminación y la violencia están presentes y se aplica a todos, pero especialmente a los que vivimos en colonias populares y/o formamos parte de grupos precarizados.

Me apasiona mucho hablar de Tijuana. La llevo en el corazón. Pero, de igual forma, me apasionan las raíces que mis padres me han inculcado. Así como digo que soy tijuano, también digo que soy *oaxacaliforniano*.

En este compendio de experiencias, comparto aspectos personales y no tan personales de mi vida, que muestran una parte de la realidad social y política de Baja California, especialmente de Tijuana. Sé, además;

quienes crecimos en familias provenientes de comunidades indígenas, compartimos experiencias de vida valiosas que muchas veces pasan desapercibidas.

Por esta razón, aquí está mi contribución para evitar nuestra invisibilización. Me parece que dejar por escrito mis historias como indígena, hijo de migrantes oaxaqueños, es una forma en la que se puede documentar todo lo que vivimos: lo malo, pero también lo bueno. Quiero dar a conocer los usos y costumbres de un *oaxaCaliforniano*. Esta identidad no debe pasar desapercibida ni debe ser invisibilizada, porque somos muchos quienes la compartimos.

Cuando contamos la vida de las personas, se desencadenan historias muy interesantes. Yo contaré historias que pertenecen a la vida de los que integran mi familia, pero quiero avisar que todas las personas han pasado por el tamiz de mi interpretación. Las cuento desde lo más profundo de mi memoria y con mucho orgullo. Conforman el conjunto de experiencias vividas hasta mis 38 años.

Edgar Montiel Velázquez

1

Mis ejemplos de vida

Dicen que la unión hace la fuerza, pero cuando se agrega sinergia a las partes, se crean cosas inimaginables. Entre mis padres hubo una sinergia importante. Se basaron en el núcleo familiar y así, crearon vínculos entre sus familias y procrearon a sus hijos: Hita Ndavi, nacida el 6 de octubre de 1984, y los cuates Edgardo y su servidor, nacidos el 8 de enero de 1986. Todos los hijos somos tijuanos, bajacalifornianos, nortños. Nos educaron, motivaron y encausaron para hacer el bien sin esperar nada a cambio. Mi papá era el sustento económico del hogar, y mi mamá nos guió en lo personal. Fue su acuerdo.



1.1 Boda de mis papás Gonzalo y María Elena, el 23 de Diciembre de 1983, en Huajuapán de León Oaxaca. Nos comentaron que se perdieron los rollos fotográficos de la fiesta, y se rescataron entre familiares muy pocas. A la semana siguiente de su boda se vinieron en autobús llegando a Tijuana en 1 de Enero de 1984.

Mi padre es oriundo de Oaxaca, uno de los estados más pobres del país y en donde más del 50 % de la población habla una lengua indígena. Nació el 10 de enero de 1958 en San Andrés Yutatio, Oaxaca, aunque se registró en Santa María Tonalá, en el mismo estado. Proviene de una familia mixteca compuesta por trece integrantes: madre, padre y once hermanos. Él era el mayor.

La familia estaba integrada por mi abuelo, don Juan Montiel Jorge; mi abuela, doña Teresa Aguirre, y los hijos: Gonzalo Mauro, Filadelfa, Francisco, Natalia, Rosalba, Rigoberto, Maricela, Ángel, Adriana, José Luis e Israel, en ese orden. Mi tío Ángel conoció a mi papá hasta los 15 años. Un día llegó solo a Tijuana a tocar el cerco de madera que teníamos en la entrada de la casa. Era la primera vez que se veían.

Mi papá me dijo que extrañaba mucho su tierra, su pueblo y a mis abuelos. Decía también que no pudo estar en su infancia festejando el Día de las Madres con mi abuela. Uno, de viejo y con experiencia, comprende conceptos como sacrificio, dolor, tristeza, añoranza, valentía y orgullo.

De chico, mi papá solo hablaba mixteco y, por ser el mayor, cuando tenía ocho años lo mandaron con un padrino a estudiar en la escuela de Santa María Tonalá. Así rompió el destino que compartían los integrantes de las generaciones pasadas: el analfabetismo.

Al terminar, hizo su internado en Guelatao, Oaxaca. Nos platicaba cómo era vejado por los niños mestizos en la escuela por llegar oliendo a estiércol o sucio de lodo por su trabajo con chivos y marranos. Todos los días caminaba un par de horas para llegar a la escuela. Tenía que cruzar brechas y arroyos. A mi papá no le daba tristeza platicarnos eso.

Gonzalo Mauro, su nombre formal, era un líder nato que, por su experiencia de vida, se enfocó en el desarrollo socioeconómico y educativo de su descendencia. Entre sus compañeros de trabajo lo conocían como ‘El Chalo’ o ‘Chalín’. Hasta el nivel de secundaria, estudió en el internado de San Pablo Guelatao, Oaxaca (lugar de nacimiento de don Benito Juárez). Se incorporó como personal de apoyo en distintas áreas de trabajo del Centro Coordinador Indigenista que funcionaba en Huajuapán de León, Oaxaca, y luego se trasladó a Silacayoapan, Oaxaca.

El 27 de septiembre de 1982, nueve jóvenes maestros mixtecos, incluido mi papá, arribaron a Baja California para atender a los niños indígenas

migrantes que residían en Tijuana. El problema era que los niños y los padres indígenas no lograban comunicarse con los docentes no indígenas por la barrera lingüística. Con ello inició la labor educativa de mi padre con los niños mixtecos en la colonia Obrera, tercera sección, en Tijuana.

Al llegar a Tijuana, Gonzalo Mauro terminó la carrera de profesor en el Mejoramiento Profesional del Magisterio. Completó la licenciatura en Educación Primaria para el Medio Indígena en la Universidad Pedagógica Nacional, y realizó la maestría en Educación en la misma institución.

Entre las virtudes más importantes de Gonzalo Mauro están que siempre sintió orgullo de su cultura mixteca, fue uno de los pocos maestros que dominaban la lengua mixteca y se destacó como un gran gestor para el mejoramiento de la escuela Ve'é Saa Kua'a 'Casa de la Enseñanza', fundada en 1994 en el fraccionamiento Valle Verde de Tijuana, bajo la comisión del profesor Tiburcio Pérez Castro, quien en aquellos años era el supervisor escolar.

Mi madre, María Elena Velásquez Rojas, nació el 24 de julio de 1966 en una de las tres ciudades más importantes del estado de Oaxaca: Huajuapán de León. Aunque no se adscribe a una comunidad indígena en específico, mi mamá sí se considera una mujer indígena y conserva muchos usos y costumbres indígenas, en especial en lo relacionado con la comida.

Huajuapán de León se parece a Tijuana en su urbanización, pero a Huajuapán llegan los pueblos cercanos con sus necesidades: trámites que resolver, productos que vender, trabajos que encontrar. Es ciudad y plaza a la vez.

La familia de mi mamá se ha compuesto por sus papás, don Manuel Velásquez y doña Carmen Rojas Arenas, y sus hijos: Camilo, Guadalupe, Bulmaro, Javier, María Elena, Luz María, Francisco y María de Lourdes. Mi abuelo era constructor de oficio y trabajó en el campo para la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, construyendo carreteras. Además, era artesano de carrizo. Mi abuela era cocinera. Entre los hermanos, mi mamá era la del medio. A ella le fue heredado un don excepcional: la sapiencia de la cocina oaxaqueña. Mi madre aprendió todo lo que sabe sobre cocina viendo a mi abuela cocinar. Hasta nuestros días, nos sigue deleitando cada fin de semana en las reuniones familiares con su comida.



1.2 2. Un modesto cuarto de madera donde mis papás vivían en lo que empezaba a ser la Colonia Obrera. Aquí mi mamá estaba cargando a mi hermana Hita Ndavi. 1985.

Mi mamá estudió corte y confección, y con eso aportó ayuda económica a toda la familia. Además, era quien cada fin de semana, antes de ir a la escuela, nos preguntaba si ya habíamos boleado nuestros zapatos y preparado nuestro uniforme para la primaria.

Ella tenía una gran pasión por la cocina. Toda la familia siempre hemos estado orgullosos de su excelso toque, especialmente en la cocina oaxaqueña. Entre otros platillos, preparaba tamales, pozole, picaditas, mole, chalupas, chilates, el gran chileajo rojo y amarillo, y la torta de camarón que tanto le encantaba a mi papá.

En la secundaria y la preparatoria, mi hermano y yo siempre llevábamos nuestros burritos con los guisos que mencioné. A nuestros compañeros les llamaba la atención y siempre nos preguntaban si llevábamos comida para compartir.



1.3 3. Bautizo mío y de mi hermano. Mis papás Gonzalo y María Elena nos cargaban. Nos comentaron que ya estaban las maletas de ropa listas para cuando saliéramos del hospital, pero a mi papá se le olvidaron en casa.

Recuerdo que cuando yo estaba en la preparatoria, mi mamá empezó a trabajar en un puesto de comida de esos llamados ‘sobre ruedas’ o ‘tanguis’. El puesto le pertenecía a una tía, hermana de mi papá. Mi papá la dejaba cerca de los sitios de taxis para que ella se fuera a trabajar. Entre las zonas en las que recuerdo que trabajó están el Ejido Lázaro Cárdenas y la colonia Esperanza. Mi tía decía que su arroz no le quedaba como el de mi mamá, pues ella tenía un toque especial. En uno de esos puestos de comida, el esposo de mi tía le enseñó a mi mamá a preparar mariscos. Entre los platillos más comunes están los cócteles y el famoso ceviche.

Como mi papá organizaba muchos eventos, siempre contaba con mi mamá para la comida. Ya fuera en clausuras de escuela, posadas, comidas particulares o fiestas, la gente se deleitaba (y sigue deleitándose) con la comida de mi mamá. También participaba en exposiciones artesanales y vendimias de comida, donde su talento sobresalía. Gracias a estos eventos, poco a poco se dio a conocer. De hecho, Irais Piñón, una amiga de mis padres (que lamentablemente ya falleció), quien era antropóloga,

siempre invitaba a mi madre a las vendimias que realizaba en el Centro Cultural Tijuana (CECUT). Le decía: “Ahí tienes el lugar, tú prepara lo que creas conveniente”.

En una ocasión, durante los preparativos para un evento en el CECUT, mi hermano y yo íbamos en nuestros carros cargados con todo el equipo necesario para ayudar a mi madre a montar su puesto. En el trayecto, una silla se desprendió y voló por los aires, pero decidimos no parar por ella. Transportábamos mesas, ollas, sillas y todos los utensilios que mi madre necesitaba para la vendimia. El evento resultó un éxito rotundo: se vendió toda la comida. Numerosos asistentes preguntaban si mi madre tenía un local establecido, a lo que siempre respondía con modestia que no, que cocinaba por puro gusto, aunque si le hacían pedidos los aceptaba con mucho placer. Al concluir el evento, Irais acudía con su recipiente para llevarse una porción de mole, afirmando que era un verdadero deleite probar la versión que preparaba mi madre. De regreso a casa, encontramos la silla perdida intacta en el mismo lugar donde había caído, lo que nos provocó risa al comprobar que nadie se la había llevado.

En una ocasión memorable en el CECUT, un conductor local de la ciudad de nombre Pablo Barragán invitó a mi madre a *Culinary Art School* de Tijuana para impartir clases de cocina a chefs de California. Mi madre, entusiasmada, nos contaba asombrada sobre el equipamiento completo de la escuela: todos los utensilios y condimentos imaginables. Mientras los chefs medían cada ingrediente meticulosamente, ella confiaba en sus sentidos -el aroma, el sabor y la vista- para determinar las cantidades exactas y el punto perfecto de cocción, demostrando ese don culinario excepcional que pocos poseen. Al finalizar el curso, entre bromas le decían que querían llevársela a Los Ángeles para trabajar en sus restaurantes. Le insistían que le pagarían todo. Mi madre, aunque halagada, respondía entre risas que la propuesta era tentadora pero que su verdadera felicidad radicaba en vernos disfrutar sus guisos.

En otra ocasión memorable, mi padre invitó a mi madre a participar en una Expo Feria Indígena —creo que la primera en su tipo— en el Parque Morelos de Tijuana, donde deleitó a los asistentes con su mole oaxaqueño. Aquel día tuve el privilegio de acompañarla para ayudarla en un escenario más complejo que el CECUT por sus dimensiones. Mi padre, cuyo liderazgo natural siempre lo caracterizó, incluso mantenía

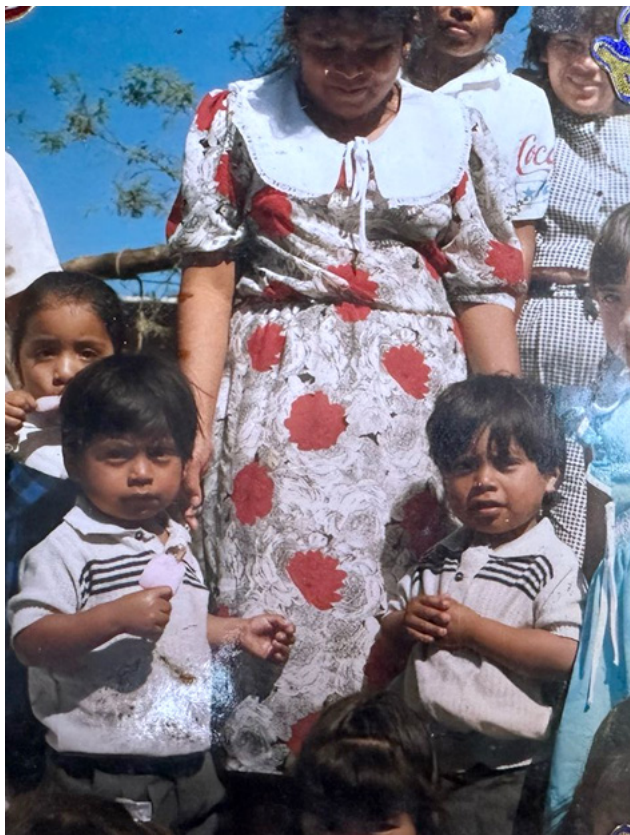
con sus hijos una relación de exquisita formalidad: nos saludaba siempre con respeto, tanto en lo privado como en público. Durante el evento, condujo a toda la comitiva organizadora a probar los platillos de mi madre. Él sabía que la sazón de mi mamá era una garantía absoluta. Ella fue su colaboradora más cercana, no solo en lo culinario, sino también en el ámbito textil, pues lo auxiliaba mucho en sus labores escolares. Esta colaboración continúa hasta hoy; ahora ayuda también a mis hermanos, como profesores, en sus trabajos académicos.

El CECUT organizó una charla sobre gastronomía mexicana y solicitó que se preparara un platillo de su elección. Optó por el chileajo —una exquisita combinación de chiles, carne de cerdo y papas—, que dejó encantados a todos los presentes. Como familia, nos sentimos profundamente orgullosos de ella.

Todos compartimos la misma convicción: no hay quien iguale a nuestra madre. La mía ha sido mi apoyo incondicional: velando por mí durante las noches de estudio universitario con cafés a medianoche, acompañándome en las madrugadas de mi rehabilitación por el tumor cerebral, celebrando cada uno de mis logros. Hoy es mi consejera más sabia. Es la abuela dedicada que mima con esmero a sus nietos y nos recibe cada domingo en su hogar para compartir un pozole humeante o unas picaditas con café de olla. Mis padres nos inculcaron el valor de la unión familiar. Así fue, así es, y así anhelo seguir disfrutando este amor por muchos años más.



1.4 Ya de grandes nos reímos al ver las fotos, pues no sabíamos quién es quién a esa edad, aquí con mi cuate Edgardo.



1.5 4. Desde pequeños nos llevaron a Oaxaca en cada oportunidad. En esta foto teníamos alrededor de 3 años mi hermano Edgardo y yo.

2

La construcción de un hogar

La casa de mis padres fue construida principalmente por mi papá. Nos contaba que trabajaba en ella cada día desde las 5:00 hasta las 7:45 de la mañana, pues debía detenerse para comenzar su jornada laboral a las 8:00 en la escuela *El Pípila*. Al terminar sus labores docentes, regresaba a construir la casa. Mi mamá le llevaba comida para que pudiera continuar sin interrupciones.



2.1 Para iniciar los cimientos de la nueva casa todo servía, todo se utilizaba. 1993.

Mis padres nos relataron que, en aquellos años, a mis hermanos y a mí nos tenían que dejar encerrados en una casa de madera que rentaban. Teníamos dos años. Nos acostaban sobre petates y cobijas, rodeados de almohadas para protegernos. Para mantenernos entretenidos por si despertábamos antes de que mi mamá regresara de llevarle comida a mi papá, nos dejaban juguetes y un par de biberones con leche.

Nuestra casa estaba ubicada en la colonia Obrera Tercera Sección, conocida coloquialmente como “La Oaxaca” o “la de los mixtecos”. Las calles eran de tierra, con escaso alumbrado público. Los servicios básicos apenas comenzaban a instalarse, por lo que era común ver pasar

retroexcavadoras y pipas de agua delineando los caminos, aunque cada lluvia borraba los avances.

Recuerdo que mi papá organizaba competencias entre mi hermano y yo para ver quién juntaba más piedras. Las colocábamos en cubetas, y quien llenaba más ganaba cinco pesos. Nuestra rivalidad era ardua. A veces lo hacíamos descalzos; otras, con los huaraches que nuestros padres nos traían de Oaxaca como regalo: eran de piel de vaca o lisos. Con el uso, los clavos o grapas de los huaraches se salían y nos lastimaban los talones, por lo que debíamos sacarlos con pinzas para seguir usándolos hasta que las suelas se gastaban por completo.



2.2 Esta es una imagen de nuestra casa en construcción en 1993. Mi hermano y yo juntábamos las piedras.

Al terminar la jornada de trabajo en la construcción de la casa, ya no recordábamos quién había ganado la competencia de las cubetas. Pero antes de retirarnos, mi hermano y yo debíamos lavarlas con agua y acomodarlas cuidadosamente para no obstruir el paso. Muchas veces las apilábamos en el centro del patio, que se convertía en nuestro improvisado almacén de materiales.

La fachada de la casa permaneció en obra negra, y todas esas piedras recolectadas con tanto esfuerzo terminaron formando parte de sus cimientos, pisos y muros. La imagen que perdura en mi memoria es precisa: al frente, las piedras apiladas en el centro del patio, rodeadas de bloques; a la derecha de la casa, senderos de arena; y a la izquierda, pilas de madera. Todo tenía una apariencia abultada pero metódicamente organizada. Nuestro terreno de once por veintidós metros se convirtió en el escenario perfecto para nuestras aventuras infantiles.



2.3 Mi mamá, que era experta en corte y confección, nos hacía ropas iguales a mi cuate y a mí. Pocas veces nos tomábamos fotos junto a mi papá.

La calle principal, Manuel Félix Acosta, nos regalaba una vista panorámica espectacular de Tijuana, especialmente después de los días de lluvia. Mis padres nos contaron que el nombre de la calle era en honor al “Pipero”, el encargado de vender agua para llenar los tambos de las casas. Nunca supimos realmente quién fue, pero la colonia lo recordaba por este servicio esencial.

Sí recuerdo a Enrique, otro repartidor de agua con estilo ‘cholo’: barba, pantalones holgados azul marino, playera blanca, tenis blancos y lentes negros cuadrados. Siempre nos saludaba con un amistoso: “Ey, ¿qué onda, cuates?”.

Un día particularmente gris quedó grabado en mi memoria: observé desde la puerta de casa una lluvia torrencial e incesante que marcó la historia de Tijuana. Fue en 1993, cuando pasamos quince días confinados. Mis hermanos y yo aprovechábamos para jugar dentro de casa, ver televisión y arroparnos juntos antes de dormir.

Después de esas lluvias, comenzó la instalación de los servicios de drenaje y agua potable en nuestra colonia. Yo tenía seis años, y Ernesto Ruffo Appel era gobernador de Baja California. La construcción del tanque estacionario de la Colonia Obrera fue todo un hito: su inauguración congregó a numerosos vecinos. Aquella obra, que reemplazó el anticuado sistema de tambos, representó un avance significativo durante aquel sexenio y mejoró notablemente la colonia.

Hoy, como adulto, cada vez que paso junto a ese tanque y escucho el agua al llenarse o veo los reflejos del sol en el agua a través de las rendijas de ventilación, revivo con nitidez esos recuerdos de mi infancia.

Nuestra casa de madera tenía una pequeña estancia en la entrada principal, donde destacaba un escritorio metálico café muy pesado. Al fondo, un librero barnizado del mismo tono albergaba los libros de mi papá, incluidas las enciclopedias que compraba para nuestros estudios. Frente a la estancia, una ventana interior daba hacia la cocina -el territorio sagrado de mi mamá- donde pasaba la mayor parte del tiempo. A ella le encantaba la cocina.

El comedor era el centro de la casa. A la izquierda estaba el baño, y a la derecha, dos espacios: la recámara de mis padres y la que compartía con mi hermano. Detrás del comedor se encontraba el cuarto de mi hermana. Aunque la casa podría haber parecido desordenada, tenía su propio sistema de organización. Las paredes eran rosas - conservaban el color original, pues así se vendían las láminas de yeso. Nos ahorrábamos la pintura para interiores.

Algunas tardes, mis padres nos dejaban solos en casa mientras iban a un centro comunitario a unas cuadras de distancia. El lugar estaba asociado con Visión Mundial México (VMM) y el Comité Comunitario

de Planeación (COCOPLA). Mi papá era el promotor principal; allí se brindaba asistencia a la comunidad, se apoyaba a jóvenes y se impartían talleres de corte y confección para mujeres.

Mientras ellos trabajaban, mis hermanos y yo nos entreteníamos jugando. Sin embargo, una de esas tardes quedó grabada en la memoria familiar como una anécdota que hasta hoy nos hace reír. Mi mamá se muere de risa cada vez que la recordamos:

Teníamos entre nueve y diez años, y ese día jugábamos con una pelota de voleibol en casa. El suelo estaba cubierto de grava suelta, y en un movimiento brusco, perdí el equilibrio, resbalé y caí con tal fuerza que me convulsioné por el golpe. Mis hermanos, creyendo que exageraba, me dijeron: ‘Ya levántate, no estés jugando’. Pero al notar que no reaccionaba, mi hermano corrió a avisar a mi mamá.

Cuando llegó, yo ya estaba sentado en la puerta de entrada, aturdido. Los tres recibimos un regaño, pero el momento se convirtió en una de esas historias que se cuentan una y otra vez. Cuando lo recordamos, mis hermanos imitan cómo me movía y mi nula reacción, y de broma dicen que desde ahí quedé mal de la cabeza. Mi mamá, por su parte, sigue riéndose cada vez que lo mencionamos.

Aunque recordamos con cariño esos años en la casa de madera, con el tiempo nos hemos hecho conscientes de sus vulnerabilidades. Las bardas perimetrales, construidas con esfuerzo, carecían de seguridad. En esa época, cuando mi mamá trabajaba en una tienda de abarrotes a tres casas de distancia, la casa quedaba desprotegida durante largos ratos. No habíamos dimensionado lo frágil de aquella barrera hasta el día del robo.

Al llegar, mi hermano y yo encontramos una escalera apoyada en la barda y, al entrar, el caos: las cosas revueltas, el estéreo desaparecido y otros objetos valiosos de mis padres. Corrimos a avisar a mi mamá. Las sospechas recayeron inmediatamente en el hijo adoptivo de una vecina, un joven con problemas de adicciones. Cuando mis padres se enfrentaron a la vecina, ella les dio una respuesta que hoy me sorprende por su resignación: ‘Maestro, adelante, hagan lo que gusten; yo no me opondré’. Y así quedó todo. El joven desapareció del barrio por años. Derivado de esta situación de inseguridad, mi papá aceleró la construcción de la nueva casa. Mis hermanos y yo aún no comprendíamos muchas cosas.

Hoy, décadas después, volvemos a ver a ese vecino por la colonia. El saludo es cortés, casi protocolario. Con la edad, uno aprende a guardar los recuerdos sin rencor. La última vez que lo vimos, trabajaba para otro vecino: le construía una cantinera, aunque —como era característico en él— cobraba más de lo que avanzaba. Su esposa lo acompañaba como ayudante, soportando maltratos que él dispensaba sin el menor recato. Al final, como tantas veces antes, lo despidieron sin terminar el trabajo.

Paradójicamente, Hugo —a quien llamábamos “El Pinocho”— tenía talento para la carpintería. Pero como su homónimo de madera, parecía incapaz de escapar de sus propias mentiras y limitaciones. La vida lo desgastó tanto como las tablas que alguna vez supo trabajar con destreza.

Volviendo a la construcción de la casa, el día del colado llegó una marea humana de apoyo. Desde el amanecer aparecieron los compadres: don Félix y su hijo Beto, don Lupe López, el profesor Tiburcio, el “profe Chico” Sierra con sus hijos Aldo y Maurel (a quien llamábamos “el Chico Sierra”), Juan González el albañil, el profesor Juan Osio y el profesor Nahúm. Pero la mayor sorpresa fue que amaneció un grupo de 17 muchachos pidiendo hablar con mi papá para solicitar posada esa noche. Mi papá, siempre práctico, aceptó a cambio de que ayudaran con el colado ese día.

Entre los que manipulaban el trompo (la revolvedora de cemento), los cargadores que llevaban la mezcla al techo, los que transportaban materiales a la revolvedora, y los que trabajaban en el techo ejecutando el colado, el movimiento era incesante. Desde las 5:30 hasta las 19:00 horas, el sonido de herramientas y voces no cesó. Al terminar, el patio quedó impecable —testimonio del respeto al trabajo bien hecho— y todos los colaboradores fueron alimentados con el pozole que mi madre preparó para la ocasión.



2.4 Entre vecinos, amigos y quienes pedían posada. Todos ayudaban en el colado de nuestra nueva casa. 1998.



2.5 En el trabajo, con los huaraches bien puestos para ayudar a mis papás en casa. También se ve al albañil Toño demoliendo nuestra antigua casa de madera. 1999.

Tras el mes de reposo (para que el concreto logre su resistencia óptima), mi padre tomó sus decisiones: “Este fin de semana descimbraremos”. No había espacio para discusiones y así debían ejecutarse.



2.6 Con los huaraches bien firmes, trabajaba junto al albañil Toño mientras ayudaba a mis papás en casa. Aquí se aprecia la demolición de nuestra antigua casa de madera. 1999.

Perdimos la noción del tiempo. Ya entrada la noche, con el estómago rugiendo, le suplicábamos a mi mamá que preparara algo. Ella salió a comprar sopas instantáneas, pero mientras esperábamos, llegó una visita inesperada: Licha, amiga de mi mamá desde Huajuapán, y su esposo Andrés, que venían de San Bernardino, California. Su llegada fue nuestra salvación: no solo interrumpió el trabajo, sino que cambió nuestra cena de sopas de vaso por unos gloriosos tacos.

Licha y Andrés eran como familia. Tan cercanos, que les pedimos que fueran nuestros padrinos de primera comunión. Aunque aquel día solo pudieron asistir Andrés y su hija Janet, el vínculo se mantuvo. Incluso en una Navidad, mis hermanos y yo los visitamos en San Bernardino y, de paso, vimos a mi tío Javi en Anaheim.

En toda obra existen personajes como Nico, artesanos del anonimato cuyo talento contrasta con su invisibilidad social. Él y su esposa Juanita, con sus cuatro hijos, siempre llegaban echando el cotorreo con sus lentes de fondo de botella. Su esposa le llevaba de comer al mediodía. En ocasiones, mis hermanos y yo escuchábamos a nuestros papás comentar que Nico se había quedado de nuevo a trabajar por la noche; se convirtieron en parte de nuestra historia durante los acabados de la casa.

Él tenía formas peculiares de trabajar. Incluso, a veces no llegaba a su casa en dos días o mandaba a trabajar a alguno de sus hijos: Lenin, Chuy u otro cuyo nombre no recuerdo. Ese tercero siempre iba con su mamá, Juanita, a dejarles la comida a sus hijos, quienes a veces también llegaban a trabajar con Nico.

Tenían otra hija, Marisol, quien también le dejaba sus hijos a Juanita para irse a trabajar. Un día nos comentaron que Marisol se había ido y no volvió jamás. Los abandonó. Juanita se hizo cargo de todos los hijos y nietos. Ella era de baja estatura. Desgraciadamente, falleció de cáncer.

Nico solo terminó muros y techos de tirol azul cielo, los cuales llevan más de veinte años en buen estado. Supimos que, al terminar su trabajo en nuestra casa, se fue a vivir con un hijo en Rosarito. Después no supimos más de él.

Años más tarde, estaba de compras con mi esposa cuando me encontré a su hijo Chuy acomodando carritos de mandado en una tienda comercial. Estaba de prueba, pues acababa de salir de un centro de rehabilitación por problemas de drogas. La verdad, me dio tristeza verlo, pues cuando yo era niño, él era un joven cuyo padre tenía un talento para el trabajo de acabados que quizá en su núcleo familiar no supieron optimizar, y que, por esos fallidos núcleos familiares, se perdieron en otras situaciones comunes en las fronteras. Chuy se veía muy acabado físicamente y esperaba lo que la gente le pudiera dar por ayudar con el mandado. A él le dio gusto verme, pero a mí me causó tristeza.

Una de las veces en que Nico trabajaba en mi casa, me comentó: “Yo he hecho muchos trabajos en la colonia; mi casa sería un museo”. Un día me tocó ir a su casa, que estaba a la vuelta de la esquina. Era de dos pisos, a medio construir, sin algunas ventanas. Su electricidad venía de contactos improvisados que colgaban entre los cuartos, con focos amarillos incandescentes en el centro, amarrados con alambre.

Había un pasillo antes de llegar al interior de la casa, donde tenía todo tipo de cosas: llantas, botellas de plástico, rines, material de construcción, puertas de madera, lonas y más. Al terminar el pasillo, me dijo: “Vas a ver mi trabajo”. Entonces vi muros revestidos con pedazos de losetas, un juego de texturas en las paredes, techos de tirol en diferentes colores y esquinas con figuras.

A mi papá le gustaba la figura del trébol, e íbamos a poner unos en la casa. Recuerdo verlos ya hechos en la casa de Nico. Por ellos habíamos ido. Siempre fue un gusto echar el cotorreo con él.

2.1 La migración es parte del hogar

Cuando eres niño, generalmente desconoces los detalles de tu entorno. Por ejemplo, no sabes dónde estás ubicado geográficamente ni de dónde proviene o hacia dónde va la gente que llega de visita a tu casa. Simplemente disfrutas la convivencia amena con muchas personas en diferentes épocas del año.

En casa observábamos que mucha gente pasaba a pedir posada por unos días. Entre ellos estaban familiares y conocidos de mis papás. No sabíamos la razón ni por qué se iban al otro lado. Aunque no tengo un número exacto de las personas que habrían recibido posada en casa de mis padres, sé que fueron cientos.

Estos grupos comían latas de sardinas, totopos de maíz, latas de chiles, semillas y carne seca. Generalmente estaban un día en la casa y, al siguiente, daban las gracias y se iban. Otros, que llegaban en mejores condiciones, iban a la tienda a comprar huevos, leche, pan de barra, jamón y galones de agua para preparar su camino.

Una de las personas que con frecuencia llegaba a la casa era Juve (Juventino), guía de caminos para el cruce de migrantes. Él decía que

era lo mismo cruzar frente a Tecate que por Altar, Sonora. Visitaba la casa de mis papás dos o tres veces al año. Se iba a trabajar y se quedaba del otro lado durante las temporadas de cosecha de frutas y verduras en los campos agrícolas de Madera, California. Después regresaba a su pueblo en Oaxaca.

Juve es hermano de Alejandro (que ya falleció), ex esposo de mi tía Natalia, hermana de mi papá. Ella y Alejandro tuvieron cuatro hijos: tres están en Estados Unidos —uno en Chicago, dos en Madera, California— y uno en Oaxaca.

Juve era un buen *coyote*. Así se les conoce a las personas que ayudan a los migrantes a cruzar a Estados Unidos. Él comentaba que, entre los migrantes, se dejaban rastros para apoyar a quienes venían atrás. Había que caminar de noche y mantenerse cerca de los árboles para poder subir y, desde arriba, vigilar si había coyotes —esos animales que atacaban a la gente—. Los ojos brillantes de estas bestias, reflejando la luz de la luna, los delataban. Si decidían dormir o descansar durante el trayecto, siempre debía quedar alguien despierto de guardia.

Junto con Juve iba otra persona: Evaristo, primo hermano de mi papá. A veces coincidían en el camino de Oaxaca a Tijuana. Aunque nunca lo admitían en el pueblo —San Andrés Yutatio, Oaxaca—, eran como socios y vecinos. No importaba quién llegara primero a la frontera; ambos conocían las rutas para guiar a los paisanos. Evaristo convivía mucho con mi padre, y recuerdo que le decía: “¿Te acuerdas, primito, cómo te pegó mi papá por mi culpa?”.

Resulta que, cuando eran niños, un día que cuidaban los animales de la familia en el monte —chivos, burros y la yunta—, los dejaron desamarrados y todos se dispersaron. El padre de Evaristo se enteró y, ya con los niños acostados, empezó a golpear a alguien bajo las cobijas, pensando que era su hijo. Pero no: le tocó a mi papá, quien recibió la paliza por culpa de Evaristo. Aunque pasaron los años, en cada visita a casa de mis padres, Evaristo, entre copas y risas, le pedía perdón.

Un día, después de un viaje al otro lado, dejó de frecuentarnos. Oí una conversación entre mi papá y otros familiares en la que decían que se había perdido en Tamaulipas, aunque otros primos decían haberlo visto en Ensenada. En el pueblo, en Oaxaca, también corría el rumor de que

había muerto en el desierto. Nunca supe qué fue de él. Quedó como un recuerdo más de quienes hacían paradas en casa de mis padres antes de seguir su camino hacia la aventura.

En cuanto a Juve, supimos que tuvo un accidente y casi muere del otro lado, en Madera, California. Después de eso, regresó a Oaxaca y ahora trabaja en México. No hemos vuelto a coincidir, pero sin duda será un gusto verlo de nuevo.

Si no mal recuerdo, mis tíos Camilo, Javier, Bulmaro, María, Lourdes, Pancho, Rigo, Ángel, José Luis, Israel, mi primo Carlos y muchos otros paisanos también pasaron por la casa de madera. Las que se quedaron a vivir aquí, en Tijuana, fueron mis tías Filadelfa y Maricela.

La tía Filadelfa y su esposo, el tío Fortino, vivían en una vecindad en el centro, entre la calle Segunda y la Negrete. Tenían una carreta de mariscos en sociedad con el tío Pancho. Íbamos con frecuencia a comer ahí, especialmente los fines de semana. Con el tiempo dejamos de ir, pero una noche, el 31 de octubre, en lugar de llevarnos a pedir dulces, mi papá nos llevó a buscar la nueva casa de la tía Fila, que ya no vivía en el centro, sino entre los cerros. Ni siquiera mis padres sabían bien la ubicación. Mis hermanos y yo los escuchábamos discutir: “¿Será por aquí o por allá?”. Tras un rato de buscar, dimos con la dichosa casa.

Cruzando la calle, cuesta arriba, estaba la casa de la tía Maricela, entre un montículo de tierra cortado a pico y pala. Era una de esas fechas de fin de año, porque empezamos a celebrar la Navidad y el Año Nuevo con ellos. En algunas ocasiones cenábamos barbacoa de chivo —hecha en horno de piedra y cubierta con palma—, pozole, ponche de frutas o carnes asadas. Unas tres veces nos reunimos con ellos para esas festividades. Ya de adultos supimos que vivían en la colonia Reforma, cerca de la colonia La Esperanza. Ahí también hay grupos de paisanos oaxaqueños, aunque no tantos como en La Obrera.

Silvestre Carrasco, alias El Chivi, era otro visitante frecuente. Paisano oaxaqueño y amigo de mi papá, retomó el contacto con él después de emigrar a Estados Unidos. Los fines de semana nos sorprendía llegando en su Cherokee azul marino, acompañado de su esposa Lilian —estadounidense— y sus hijos Silvestre y Mariana. Lilian hablaba poco español, pero El Chivi era trilingüe: dominaba el español, el inglés y el mixteco. Salíamos a pasear, y a él le encantaba mostrarle a su esposa distintos

rincones de Tijuana. Un día dejó de visitarnos. Años después supimos que se había mudado a Chicago, que se separó y que ahora vive en San Andrés Yutatio, Oaxaca, el pueblo de mi padre.

Nos reencontramos hace cinco años, el día en que enterramos a mi papá. Por el duelo, no pude ver las fotos que decía tener de mi hermano y de mí cuando éramos niños. Pero sé que habrá otra oportunidad para charlar y recordar a mi papá.

Otra anécdota que guardo con claridad es la vez que nos levantamos de madrugada para ir con mi mamá a la cita del pasaporte. Ella salió antes que nosotros. Mi papá, incrédulo, le dijo: “¿Para qué vas? Ni te los van a dar”. Sin embargo, a mi mamá le entregaron los formatos y fue con una vecina, doña Chayo, quien ya tenía sus propias dificultades con el trámite: le habían negado los documentos por errores en sus actas o porque eran extemporáneos. Pobrecita, nunca volvió a intentarlo.

Fue hasta que mi mamá llamó a mi papá para que corriera a La Concha —las oficinas de pasaportes— que él empezó a creer que sí era posible. Nos tomaron las fotos y completamos los trámites. Obtener la visa para Estados Unidos fue rápido, ya que mis hermanos y yo estábamos en primaria y mi papá tenía empleo formal.

La Concha fue un ícono de la ciudad: el puente que recibía a los turistas que llegaban a Tijuana. En 2008 se propuso su demolición, que se ejecutó en 2015.



2.7 Son muy pocas las fotografías que tenemos de mamá. Esta foto se tomó en la casa de nuestro vecino, el fotógrafo Don Roberto.

3

Los primeros viajes

3.1 El otro lado

Después de haber viajado por primera vez a Estados Unidos con la madrina Licha, comenzamos a cruzar con frecuencia. Los hermanos adolescentes de mi papá se aventuraban más al norte, y todos los Montiel —junto con sus primos— coincidieron en Madera, California, donde se extienden vastos campos agrícolas. Por eso, mi familia y yo fuimos a visitarlos. Encontramos a tíos y paisanos que alguna vez pasaron por nuestra casa cuando iniciaban su travesía. Ahora nos tocaba conocer cómo vivían del otro lado.

Mi tío Pancho —mi padrino de preescolar— se había ido a casar a San Andrés Yutatio. Después regresó a Madera, California, donde vive actualmente. Cruzaba la frontera por el cerro, como se le decía (y quizá aún se dice). En La Obrera vivía un familiar de su esposa, la tía Paty. Él tenía una camioneta grande, tipo panel, en la que nos acomodamos ambas familias para cruzar.

Intentamos pasar por San Ysidro, pero ignorábamos que necesitábamos un permiso para viajar más allá de las 25 millas de la frontera. El oficial de migración nos envió a segunda inspección. Mi hermano y yo aprovechamos para ir al baño. Al salir, un oficial nos ofreció rebanadas de pizza de Pizza Hut —nunca antes la habíamos probado; teníamos unos 11 años—. Estaba cargada de queso, con chiles y los bordes rellenos de queso, además de estar cortada en cuadros. El oficial nos dijo: «Tomen los que quieran». Cuando mis padres nos vieron llegar con comida, les dio mucha risa. Poco después, nos entregaron el permiso: un papel anaranjado que debíamos pagar en ventanilla. Costó tres dólares. Con eso, iniciamos la ruta por carretera hacia nuestro destino.

Íbamos despiertos, aunque no recuerdo cuánto duró el trayecto. Solo sé que fueron horas, y que cuando el carro comenzó a fallar en una colina pronunciada, ya era de noche cerrada, sin luna. El motor perdía potencia y tuvimos que orillarnos. El chofer nos dijo que estábamos cerca del destino. Esperamos poco más de una hora mientras él hablaba por teléfono con alguien.

Finalmente, llegaron por nosotros en otro auto. Eran las 4:00 de la mañana y la gente ya se movilizaba para trabajar en los campos. Así llegamos a Madera, California, como peregrinos en busca de posada, porque las casas de nuestros tíos estaban vacías: todos habían salido a laborar. Terminamos en la casa de Teresa Aguirre, prima hermana de mi papá, donde descansamos un poco. Fue hasta después del desayuno que nos dirigimos al departamento donde vivían los Montiel —los hermanos de mi padre—.

Teresa es parte de otra familia cercana a la de mi papá y son muchos hermanos. Numerosa: siete hermanos en total —Bernardino, Lorenzo, Fidel, Teresa, Petronilo, Sergio y una más, que falleció en un accidente automovilístico—.



3.1 De izquierda a derecha: el tío Lorenzo Aguirre, con su hijo Chuy, su hermano Petronilo, Elsa (hija de Lorenzo), Benito, Oscar, mi hermana Hita, yo, mi cuate Edgardo y Sergio Aguirre. Todos ellos viven en el poblado El Zorrillo, Maneadero, adelante de Ensenada. Son parientes políticos, ya que son primos hermanos de mi papá, con los cuales convivimos de niños.



3.2 Entre las convivencias con los Aguirre, nos tocaba ver todo el proceso de la barbacoa, desde el horno, el destape y disfrutar del yique (un consomé de maíz molido con picante).

En esa época, los Montiel trabajaban en la cosecha de ajo y fresas. Su departamento estaba en un segundo piso, y todos dormían hacinados: en los cuartos, en la sala. Mi familia y yo nos acomodábamos donde hubiera espacio. Lo importante era la convivencia.

Aquel fin de semana fue memorable. Fuimos a un río a hacer una carne asada —el agua estaba helada, pero el calor en Madera era insoportable, así que no importó—. También jugamos fútbol con los Montiel y otros primos de mi papá, a quienes no veíamos desde niños. Con los años, la vida de todos mejoró. Algunos se quedaron en Madera; otros se mudaron a Chicago, Arkansas o distintas partes de California.

Mi mamá había contactado a su hermana, la tía María, así que al terminar el fin de semana, fuimos a visitarla a otra ciudad. Junto con su amiga Naomi, nos recogieron a mi hermano y a mí en la central de *Greyhound* en Fresno. Mis padres y mi hermana regresaron a Tijuana, mientras nosotros tres —mi hermano, mi tía y yo— partimos a San José, California.

No recuerdo cuántos días estuvimos allí, pero fue al menos un mes. Ahí conocí el trabajo de mis tías María y Lourdes: vendían tamales y champurrado en los estacionamientos de *Food 4 Less*, *K-Mart* y *Las Pulgas*.

El primer día en San José desayunamos huevo en torta, con salsa verde y trozos de aguacate. Los disfruté con mucho gusto. Ahí nos reencontramos con nuestros primos, todavía pequeños —algunos usaban pañales—: el Chema, Alonso y Fidel, quien, con nueve años, era el mayor.

Poco a poco, fuimos conociendo la dinámica de vida de mis tías. Por las tardes vendían tamales en las tiendas, y por las noches, en los bailes del *Convention Center* de San José, donde se realizaban conciertos masivos de grupos mexicanos. En aquel entonces, la gente salía a divertirse pasada la medianoche. Mis tías vendían tamales, mientras mi hermano, mi primo Fidel y yo nos encargábamos de las aguas y sodas a un dólar cada una. El ambiente era bullicioso: comida, trabajo, gente y dinero por doquier. No llevábamos cuenta de las horas; nos íbamos solo cuando vendíamos todo.

Una vez nos tocó vender en un concierto de *El Tri* en la Arena San José. La policía no permitió que los vendedores se acercaran, así que nos quedamos a un par de cuadras. Ese día, las ventas no fueron buenas. En otra ocasión, fuimos al Estadio *Spartan* de San José para el partido entre el América y las Chivas. La gente abarrotaba el lugar. Nosotros llegamos justo antes del inicio, pero el verdadero negocio comenzaba al final: diez minutos antes de que terminara el encuentro, la gente salía hambrienta. Además de tamales, vendíamos elotes preparados, transportando todo en carritos de plástico. La venta fue excelente, pues dentro del estadio la comida era cara y limitada.

No todo fue trabajo. Nos llevaron a conocer San Francisco en la *cu-caracha* —un Toyota Corolla viejo pero resistente.

La tía María, con quien nos quedamos, tenía entonces una pareja llamada Claudio. Tuvieron dos hijos: Claudia, la mayor, y Lael. Con el tiempo se separaron, pero mantuvimos el contacto con Claudio. De hecho, durante el entierro de mi papá en Oaxaca, recibí una llamada suya desde San José para darme ánimos.

En diciembre de 2022, viajé con mi esposa, Araceli, y mi hija, Ema Marisa, a San Francisco. Tuve la oportunidad de reencontrarme con Claudio, y fue un placer conversar con él después de tanto tiempo.

3.2 Oaxaca

Desde que tengo uso de razón, nuestros padres siempre nos llevaron a Oaxaca de vacaciones en julio, agosto o diciembre. En cualquier época del año, es gratificante estar en esa tierra tan maravillosa, con sus innumerables fiestas, sus caminos por recorrer y sus tradiciones. Sin duda, hay mucho que contar de la Oaxaca que nuestros padres nos compartieron.

A mí me gusta mucho viajar en auto. Quizá se deba a que, de niño, siempre íbamos a Oaxaca en autobús con mi mamá. A veces, mi papá se sacrificaba y se quedaba en Tijuana mientras nosotros emprendíamos el viaje. Las pocas veces que fuimos todos juntos fueron especialmente divertidas.

Recuerdo una ocasión en que viajábamos a Oaxaca en autobús. Estábamos en la Central de Autobuses de la Tapo, en la Ciudad de México, y mi mamá había ido a comprar los boletos. Antes de irse, nos dijo a mi hermano y a mí: “Quédense aquí con las maletas; ahorita regreso”. Pero yo, que siempre fui travieso e inquieto, le dije a mi hermano: “Ahorita vengo”, y me fui a caminar. Tendría unos nueve años.

Mi mamá no me encontraba y comenzó a preocuparse. Cuando al fin me vio, lo primero que hizo fue darme un manazo y un sopapo, seguidos de un buen regaño. Nunca más lo volví a hacer.

Siempre viajábamos en la línea Elite. Salíamos de la Central Camionera de Tijuana y, al llegar a la Ciudad de México, nos cambiábamos a otra línea —como ADO, OCC o, más recientemente, SUR— para dirigirnos a Huajuapán de León, Oaxaca. Mis tíos me cuentan que ahora existen las *Urban*, unas combis modernas con capacidad para menos de quince pasajeros, que hacen el trayecto desde la Ciudad de México hasta Huajuapán. Según dicen, son más rápidas y económicas. A ver si algún día nos toca viajar en ellas.

En una ocasión, de regreso a Tijuana, mi hermano y yo nos quedamos encerrados en el autobús porque nos dormimos profundamente. Desde la ventana, veíamos a mi mamá y a mi hermana, pero el chofer ya no quiso abrirnos. Pasamos toda su media hora de descanso atrapados ahí dentro. Aunque en ese momento fue frustrante, ahora nos reímos mucho al recordarlo.

Cada viaje en autobús a Oaxaca venía con sus propias aventuras en las paradas técnicas. Estas escalas incluían revisiones en la aduana, donde subían vendedores de tortillas de harina en Sonora, puestos de tacos de carne asada, venta de carne de venado, dulces típicos, artesanías rudimentarias hechas con alambres o latas, y por supuesto, la inevitable visita a los sanitarios. El trayecto solía durar un par de días hasta la Ciudad de México, y luego unas seis horas más para llegar a Huajuapán de León, Oaxaca.

En una ocasión, intentamos una ruta alternativa: salimos de Tijuana rumbo a Puebla, pensando que sería más rápido llegar a Huajuapán. Fue un error memorable. Al llegar a Puebla, la única opción disponible era un autobús de tercera clase que hacía escalas en cada rincón donde hubiera un camino o una parada peatonal. Lo que debería haber sido un viaje de tres horas y media se convirtió en una odisea interminable. El autobús no respetaba límites de capacidad: subían pasajeros con gallinas, cajas de huevos y todo tipo de bultos. Íbamos apretados, en un ambiente donde se mezclaban olores de comida, animales y sudor. Solo lo hicimos una vez, y fue suficiente para bautizar ese viaje como el *guajolotero* —un recuerdo que ahora nos provoca risa.

Otro viaje inolvidable fue el que hicimos antes de terminar la secundaria, durante las vacaciones de julio. Teníamos alrededor de catorce años y viajamos en familia para asistir a los XV años de una prima y a la boda de un primo. Esta vez, el medio de transporte fue la poderosa *Cherokee* —la camioneta familiar que mi papá había comprado con mucho esfuerzo.

El viaje se organizó con entusiasmo. Se unieron las familias de los amigos de mis padres: el profesor Nahúm Hernández y Olga Lidia Cortés con sus hijos, así como la profesora Maura y su hija, Iae Osio. Nosotros partimos en la *Cherokee*, mientras los demás iban en una *Ford Panel 350*. Salimos de Tijuana a las 2:30 de la madrugada para recorrer Sonora de día y evitar el calor abrasador.

La primera parada fue en Hermosillo, Sonora, donde desayunamos a un costado de la carretera. Llevábamos una hielera con provisiones: tortillas de harina, latas de atún, chiles en conserva, pan y poca verdura. Después de estirar las piernas, retomamos el camino. Mis hermanos y yo nos turnábamos para ir al frente con mi papá, quien era el conductor

oficial de nuestro vehículo. Los carros se alternaban la delantera en la carretera para mantener el ritmo.

Para hacer más ameno el trayecto, llevábamos un repertorio musical que incluía, sobre todo, a Rigo Tovar, Las Jilguerillas y cumbias clásicas. Como la *Cherokee* no tenía radio, conectábamos un *Walkman* al estéreo con un cable auxiliar para escuchar nuestros CD y casetes.

Por la tarde llegamos a Sinaloa. En Los Mochis cargamos gasolina y decidimos pasar la noche allí. Al día siguiente, después de bañarnos y desayunar, partimos hacia Culiacán y luego a Mazatlán. Nuestro plan era llegar hasta Tepic, pero comenzó a llover intensamente, y la carretera — de doble sentido — se volvió peligrosa. Para empeorar las cosas, nuestra *Cherokee* empezó a fallar: perdía velocidad sin explicación.

En la caseta de Acaponeta, nos detuvimos a revisarla. Un policía federal nos ayudó, y aunque parecía que todo estaba en orden, decidimos continuar con cautela. A unos cuarenta minutos de ahí, la camioneta volvió a fallar. Mi papá notó que no tenía potencia para rebasar, incluso cuando los tráileres nos daban paso. La lluvia empeoraba, borrando las líneas divisorias de los carriles, y algunos tramos del pavimento estaban resbaladizos.

De repente, la camioneta recuperó velocidad, y por un momento creímos que el problema se había solucionado. Pero no fue así. Sin previo aviso, perdimos el control. La velocidad se trabó, las llantas patinaron, y el vehículo comenzó a zigzaguear hasta salirse del camino. Recuerdo que dimos varias vueltas antes de detenernos. Todos estábamos despiertos, en *shock*.

Cuando el auto finalmente se detuvo, mi hermano y yo preguntamos de inmediato si todos estaban bien. Mi papá, aturdido, no respondía; mi mamá estaba lastimada; y mi hermana sangraba por un corte en la cabeza (que después le dejó una pequeña cicatriz). Afortunadamente, mi hermano y yo salimos ilesos.

El profesor Nahúm, que venía detrás de nosotros, llegó rápidamente a ayudarnos. Desconectó la batería de la camioneta para evitar un incendio. Mientras, la lluvia seguía cayendo sin parar. A lo lejos, los tráileres pasaban como fantasmas en la neblina. No sentimos el dolor de los golpes hasta minutos después, cuando la adrenalina bajó.

Tuvimos que abandonar la *Cherokee* y regresar a Acaponeta en el auto del profesor Nahúm. Era ya de madrugada cuando llegamos a un hotel cerca de la plazuela. El lugar, pintado de un azul campirano, tenía lagartijas en las paredes y hormigas gigantes caminando por el piso. Agotados y adoloridos, finalmente pudimos descansar.

Al despertar, mis hermanos y yo nos encontramos solos en la habitación del hotel. En mi caso sí estaba adolorido, pero mis hermanos permanecían callados, evitando hablar de lo ocurrido. Minutos después llegaron mis padres. Nos explicaron que habían estado en la delegación de la Policía Federal realizando trámites por el accidente, atendidos por el mismo oficial que nos había auxiliado inicialmente. También habían ido a la iglesia para encontrar algo de consuelo.

La *Cherokee*, nuestra fiel compañera de viajes, quedó inservible en Acaponeta. Era el fin de una era para nuestros viajes familiares. Aunque el ánimo era pesado, teníamos que continuar nuestro camino hacia Oaxaca.

El profesor Nahúm y mi padre redistribuyeron el equipaje en la Ford Panel, acomodándonos como pudimos para llegar a la central camionera de Acaponeta. Desde allí tomaríamos un autobús a la Ciudad de México, mientras que el profesor se encargaría de llevar nuestras maletas directamente a Oaxaca.

En el autobús yo iba pensando mucho en lo que nos había pasado. ¡Qué paradoja estar nuevamente observando el paisaje desde un autobús después de todo! En la Ciudad de México hicimos una escala en la Basílica, donde pasamos unas horas en silencio antes de tomar el autobús nocturno a Huajuapán de León.

Llegamos a casa de la abuela Carmen, quien nos esperaba sin conocer nuestra odisea. Llegamos a nuestro destino tristes pero había motivos para ponernos contentos. Después de un par de días en Huajuapán, partimos a San Andrés Yutatio para los XV años de mi prima Oralia, hija de la tía Natalia y el tío Alejandro. La fiesta fue un bálsamo para el alma: fotos familiares, risas y baile nos ayudaron a olvidar momentáneamente las penas.

Los días volaron rápidamente. Pronto llegó el turno de la boda de mi primo Carlos. Alternamos entre la casa de la abuela y la del tío Camilo (padre de Carlos), ayudando en los preparativos. Casi todos los tíos maternos asistieron, excepto el tío Francisco. El salón era enorme, con

capacidad para unas mil personas. La música, el ambiente festivo y la emoción hicieron que el tiempo pasara volando. Hasta las 3:00 de la madrugada estuvimos celebrando, ayudando después a cargar los regalos.

Durante nuestra estancia, asistimos a varios jaripeos en pueblos cercanos, una de mis pasiones desde niño. Antes de partir de Huajuapán, el tío Camilo nos dio a mis hermanos y a mí unos dijes de oro con nuestros nombres grabados, un detalle que atesoramos. Esas vacaciones, marcadas por el accidente pero también por la unión familiar y las celebraciones, se convirtieron en unas de las más memorables de nuestra vida.



3.3 Mis abuelos y tíos por parte de mi papá, en Oaxaca, nos hacían comidas muy ricas. A estas visitas se sumaba mi abuela Carmen. En la foto se ve a mis dos abuelas degustando de un mole de guajolote.

